

LA TECNOLOGIA COMO PODER: EL PRINCIPE O LA CENICIENTA

Las antiguas sociedades teocráticas surgieron, funcionaron y decayeron bajo el dosel de la creencia colectiva en dioses fantásticos que se personificaban en los soberanos y tenían sus emisarios escribas —rudimentarios científicos— sacerdotales. Fuimos haciendo así las cosas desde los inicios de la división social del trabajo.

Las formas que ha ido asumiendo la dominación podrían presentarse, haciéndole caso a Weber, de acuerdo a tres modos ideales: la dominación carismática basada en las cualidades subjetivas que se le atribuyen al líder; la dominación tradicionalista en la cual el poder reside en el soberano por decreto de la costumbre, religiosamente fundada; la dominación legal o racional: gobierno conforme a la ley y la razón.

El racionalismo y el positivismo, el surgimiento de los estados liberales contemporáneos, la revolución industrial, la expansión del capitalismo a escala mundial, el socialismo mismo como fruto del desarrollo capitalista han creado las condiciones de credibilidad para la implantación de formas racionales de legitimación del poder.

Hoy ya es un hecho que el poder, a nivel mundial, es básicamente y parece que cada vez lo será más, poder tecnológico: capacidad de transformación sobre la naturaleza en provecho del individuo y, ó, del conjunto social. Tanto la ley de la maximización de la ganancia en el capitalismo como las necesidades y metas de los proyectos socialistas requieren del avance tecnológico acelerado como condición indispensable de existencia, ya sea en lo económico y lo político, ya en las ideologías de sus respectivas bases sociales; no digamos, en la búsqueda del predominio bélico. La Tecnología es el príncipe moderno. La tecnolatría, un credo con pretensiones de universalidad.

La técnica es fruto de la experiencia de colectividades en el trabajo frente a la naturaleza: acumulación de conocimientos y mañas para realizar con más facilidad —economizando fuerza de trabajo— mejores y más cuantiosos bienes para la vida del hombre. En teoría, y así ha sido también en algunos casos en la historia, el contacto entre grupos sociales con diversas acumulaciones de experiencia frente a la naturaleza es provechoso. Creación y difusión cultural. Pero la tecnología es poder no sólo como capacidad de enfrentarse con más éxito —y tratando de conservar la armonía— con respecto a la naturaleza. La tecnología —los misterios de la producción— es hoy capacidad de coacción sobre otros, arma de sometimiento, la forma más racional y moderna de legitimación y ejercicio de la dominación. Y sin embargo es imprescindible.

El papel que juega la tecnología en el sistema mundial de dominación se ilustra dramáticamente en las ten-

dencias presentes en América Latina: Los Estados Unidos estarían entregando la producción industrial a subrenteros para reservarse la producción de tecnología. Brasil y México serán pronto países industrializados, compradores de materias primas sobre sus respectivas subáreas de influencia —el cono sur, Centro América— y vendedores de mercancías. El Norte se asegurará una desmesurada tajada por vender los misterios de la producción y podrá desplazar todavía más significativamente su fuerza de trabajo del sector industrial al terciario: la prestación de servicios. Venezuela, con su abundancia de recursos de capital y un mercado inicial pequeño, no quiere quedarse fuera de la movida y mientras pregonamos nuestro tercermundismo buscamos ambiciosamente el control de subrenta sobre el área del Caribe y el norte andino.

¿Será posible —aunque no es deseable— que nos ubiquemos en esta panorámica como abanderados de tal industrialización junto a México y Brasil? ¿qué necesidad real tenemos de tecnologías propias o foráneas para la producción si acelerando la descarga de los puertos no necesitamos producir? ¿No tenemos, acaso, la mayor parte de la fuerza de trabajo del país ubicada en el sector servicios?

Olvidamos lo que sabíamos hacer y por ahora no nos hace falta saber mucho. El énfasis en la necesidad de investigación tecnológica y las instrumentaciones explícitas para el fomento de la autodeterminación tecnológica, hasta ahora, han sido casi inoperantes ya que otra serie de decisiones que tienen que ver con el autodesarrollo tecnológico no se han tomado por no herir el funcionamiento real de nuestra economía de sofisticado desarrollo dependiente y más que precario —antes conocíamos la tierra— subdesarrollo independiente. El estado estimula la comodidad de la ganancia y no le interesa ni cobrar esos impuestos. Simultáneamente se fomenta la apariencia de cierto desarrollo tecnológico modernizante, puede que sea porque éste va siendo un elemento clave de legitimación del poder en la aún vigente dominación carismática de nuestro sistema político. No le han faltado técnicos a Copei ni planificadores a AD, aunque importen sus tecnólogos de campaña. La tecnología es señal de civilización y puede ser que algún día nos haga falta... La larga coyuntura en la que el mínimo esfuerzo para el sector privado es lo más rentable, y en la cual para el estado como primer empresario no existen acicates, todavía sigue, pero ya ha comenzado a estrecharse.

Aquí no se trata del príncipe, sino de la cenicienta la noche del baile, un baile largo, trastocada por el talismán del hada madrina. Cuando nos den las doce, ojalá no se le vea el plumero, pero va a tener que aprender desde cómo se amarran los zapatos. ○